

Federico Gómez, el pionero[§]

(Federico Gómez, the pioneer)

Silvestre Frenk*

La figura del Profesor Federico Gómez es hoy día una de las más relevantes de la medicina del siglo XX, en especial de la pediatría mexicana. Ha sido el artífice mayor de la visión que en materia de nutrición infantil ha constituido la tónica dominante en nuestro medio. Estableció las pautas que normaron el arranque de la actual Escuela Mexicana de Pediatría. Ideó y creó nuestros dos primeros grandes hospitales para niños: el Hospital Infantil de México, que desde los años 90 lleva su nombre, y que el pasado 30 de abril cumplió 65 años de benemérita existencia; y veinte años después el Hospital de Pediatría del primer Centro Médico Nacional del Instituto Mexicano del Seguro Social, ambos como su Director fundador.

Federico Gómez nació el 17 de noviembre de 1897 en Zaragoza, Coahuila, hijo de padres maestros, y falleció en la ciudad de México, el 9 de enero de 1980, o sea a la edad de 82 años, a consecuencia de un accidente anestésico. Siempre fue sano y deportista, particularmente buen nadador y buceador, y devoto amante de la Naturaleza. Pero además, fue talentoso escritor, tanto en lo periodístico como en sus libros no profesionales: los de corte médico como sus inolvidables «Escenas de Hospital» y «Noma: la tragedia de un médico» y sus relatos de viajes. En sus últimos años publicó un excelente libro de puericultura.

Federico Gómez inició sus estudios médicos en la Universidad Nacional de México, pero pronto, al fundarse la Escuela Médico Militar, continuó en ella su formación profesional. A mediados de los años 20, recibió su adiestramiento como pediatra en el Hospital para Niños de la Universidad Washington de St. Louis, Missouri con marcado acento en los fundamentos bioquímicos de la nutrición infantil, a la vera de Williams McKim Marriott.

El doctor Marriott era un connotado bioquímico, y había asumido el cargo de profesor de pediatría, presumiblemente por su interés en nutrición infantil, del cual es fehaciente testimonio su obra clásica: *Infant Nutrition*. Supondríamos que tal influencia condicionó de algún modo el acento metabólico que al cabo del tiempo serviría para definir el tono dominante entre los variados temas que caracterizarían al interés académico de Federico Gómez. Ciertamente, explicaría su comprensión y ulterior apoyo a los enfoques bioquímicos de la patología nutricional.

Explicablemente, su formación dentro del eficiente sistema norteamericano se reflejó en su actuación como líder de la entonces incipiente pediatría mexicana. Como director de la entonces nueva Casa de Cuna de Coyoacán, que en sus primeros años funcionó también como hospital; como tenaz impulsor, durante once, a menudo frustrantes años, de la construcción del gran Hospital Infantil de México; como forjador del arranque de la moderna pediatría mexicana.

Sus arduos esfuerzos creativos en dichos sentidos nunca menguaron su pasión por las bases científicas de la nutrición del niño mexicano. Mismas que tres años después de la inauguración del Hospital, lo revelaron como el cimentador de un avance histórico en la caracterización del indicador básico de la desnutrición infantil.

La amalgama de una moderna concepción científica de la nutrición del lactante con una honda sensibilidad social, pulida con altas motivaciones y talento pedagógicos – no en balde era Don Federico hijo de un maestro de escuela – explican la visión sintetizadora que conduciría a aquel legendario artículo llanamente intitulado «Desnutrición», que viera la luz en el número 4 del volumen III del *Boletín Médico del Hospital Infantil de México*, correspondiente al bimestre julio-agosto del año 1946. Allí, en escasos cinco renglones, en columna única a dieciséisavo de cuádruplo, Federico Gómez delinearía su clasificación de los distintos grados que puede revestir la desnutrición de los niños, en los términos que siguen: «Llamamos desnutrición de primer grado a toda pérdida de peso que no

[§] Conferencia dictada en el seno de la IV Reunión Académica de la Sociedad Mexicana de Pediatría, el 23 de abril del año 2009.

* Unidad de Genética de la Nutrición, Instituto de Investigaciones Biomédicas, UNAM - Instituto Nacional de Pediatría, SSA.

pase de 25% del que el paciente debería tener para su edad; llamamos desnutrición de segundo grado cuando la pérdida fluctúa entre el 25 y 40%; y finalmente, llamamos desnutrición de tercer grado, a la pérdida de peso del organismo más allá del 40%». Y de haber sido originalmente forjada para sustituir a la abigarrada nomenclatura con que se distinguían los variopintos cuadros clínicos que a partir de entonces, en palabras del propio Don Federico, expresarían «simplemente desnutrición», al paso del tiempo se convertiría en uno de los principales indicadores de salud colectiva de la niñez, bajo el mundialmente reconocido nombre, precisamente de Clasificación de Gómez.

Como lamentablemente ocurría y sigue ocurriendo, a pesar del peso que en la comunidad pediátrica mundial ya tenía Federico Gómez, no fue este artículo original sino otro que sería publicado diez años más tarde, o sea en 1956, ese sí en una revista inglesa, el que consolidaría entonces la universal aceptación y uso de la Clasificación de Gómez. Fue ese segundo trabajo el que mereció, en el año 2000, ser declarado por la Organización Mundial de la Salud trabajo clásico de la salud pública mundial, y catalogado como *Landmark* (acontecimiento culminante) para la misma. Se le reconoció así por ser la primera clasificación en recurrir a una variable antropométrica (el peso corporal) para sustentar un indicador (peso correspondiente a la edad), y sobre esta base, forjar la clasificación de los variados grados de desnutrición, con una referencia poblacional y puntos de corte predeterminados. A decir verdad, son estos mismos tres parámetros los que a partir de la concepción de la Clasificación de Gómez, constituyen el fundamento de todas y cada una de las clasificaciones de la desnutrición en el niño que a aquélla han venido sucediendo.

Para el hombre de mentalidad práctica que era Don Federico, una vez planteada la cuestión e instrumentada su graduación, surgió la necesidad de contribuir a la disponibilidad de alimentos capaces de procurar «los elementos del complejo nutricional» (término por él muy empleado), fáciles de adquirir, baratos y sencillos de preparar.

La plasmación institucional de tales revolucionarios planteamientos no podía ser otra que disponer de una Sala de Nutrición hospitalaria para, en la voz del doctor Rafael Ramos Galván «hacerse cargo de niños desnutridos convalcientes... de episodios agudos... (realizar) un estudio cuidadoso de las condiciones sociales y culturales de su ambiente familiar, para adecuar su tratamiento a esas realidades... para ello se haría necesario investigar diferentes dietas y los efectos de las mismas sobre el organismo infantil». Así «... vio la luz el primer trabajo experimental con que se inauguraba la política de investigación que habría de seguir el Hospital. El informe prelimi-

nar que de él se hizo en 1947, presenta los resultados del empleo de una mezcla vegetal en que intervenía la soya...» Lamentablemente, no se tomó en cuenta para formular esta mezcla, la anterior aportación del también insigne pediatra Gabriel Araujo Valdivia, acerca del uso del garbanzo (*Cicer arietinum*) en alimentación de bebés normales o desnutridos. En todo caso, estos empeños continuarían con preparaciones de harina de pescado, y el ensayo clínico de los entonces novedosos sucedáneos de la lactancia materna.

Para instrumentar tales programas, y también para proceder a una correcta caracterización anatómica, funcional, bioquímica, psicológica, y más tarde la social, de la desnutrición grave del lactante y del preescolar, nació el Laboratorio Núm. 1 de Investigación Científica del Hospital Infantil de México, conforme a un esquema arquitectónico que al paso del tiempo sería también adoptado para los demás laboratorios de Investigación del Hospital, y más tarde, en varios de sus epígonos; o sea que dichos laboratorios se instalaban anexos a la correspondiente sala de hospitalización, para que a investigadores e investigadores nunca se les olvidara que los sujetos de sus cuidados eran pequeños enfermos hospitalizados. Y más allá de ello, también aquí sobre lo material prevaleció el espíritu. Espíritu de idealista, creativa, iluminada hermandad, el colectivo encuentro con la verdad científica.

La Sala de Nutrición con su laboratorio fue desde entonces, asiento del Grupo para el Estudio de la Desnutrición en el Niño, que muy pronto atrajo a talentosos investigadores de otros Servicios de la propia institución, y de varias otras afines, tanto mexicanas como del extranjero.

Los tiempos y – lo repito – el espíritu colectivo, eran propicios a un enfoque multifacético y multifocal de la biopatología de la desnutrición grave, después conocida como desnutrición proteínico-energética, del lactante y del preescolar. Publicados bajo el común título de «Estudios sobre el Niño Desnutrido», que llegarían a un total de 23, y por otro buen número de trabajos científicos en otras lenguas, las aportaciones académicas del Grupo merecerían reconocimiento casi general, y lo colocarían mundialmente entre los cinco equipos humanos más activos en materia de salud infantil durante el decenio de los 50.

Una característica del grupo fue su capacidad de caracterizar a la desnutrición infantil desde muy distintos ángulos, con una mentalidad abierta a diversas disciplinas, y por ende, necesitado de permanente habilitación en claramente dispares procedimientos de estudio. Cada nueva observación clínica generaba líneas adicionales de investigación, y en consecuencia obligaba a un adiestramiento *ad hoc* en laboratorios nacionales o extranjeros, o bien, a establecer alianzas académicas con grupos especializados del propio Hospital Infantil o de instituciones

afines, para la exploración de ideas emanadas de intereses académicos compartidos.

Todo ello, obviamente en el seno del preclaro marco de la buena medicina, así como del acucioso ejercicio de la observación y de la estimación clínica. Buen testimonio de éste para un médico del entonces absolutamente natural y obligado enfoque, resulta ser la original descripción, por parte del propio Rafael Ramos Galván, del síndrome de recuperación nutricional. El cual, a la vez, vendría a ser explicado a la luz de la generosa alimentación normal a la que, fundadamente, se sometía a los pequeños admitidos por gravemente desnutridos, y en la cual, a menudo, Federico Gómez en persona imprimía sus propios e inmarcesibles matices.

Queda totalmente fuera de las posibilidades del marco espacial propio de esta reseña, la enumeración, ya no digamos la descripción, de los muy diversos temas científicos explorados en aquella Sala de Nutrición. Tampoco los detalles de su extensión lógica, el Centro Rural de Estudios, ubicado en la Villa de Tlaltizapán, en el Estado de Morelos, sede de un vasto programa de investigación comunitaria, ideado y forjado para conocer la urdimbre cultural, social y económica de la historia natural de la desnutrición aguda y crónica en la infancia por el académico Joaquín Cravioto Muñoz, que durante 40 años estuvo a su cargo y que igualmente notorio reconocimiento internacional le mereciera. O de las facetas de los estudios acerca de la dinámica del crecimiento y desarrollo, a cargo de los propios Rafael Ramos Galván y Joaquín Cravioto, de los cuales emergería un nuevo marco conceptual, cuyo impacto científico en mucho rebasaría el verdaderamente breve lapso de vida del equipo humano original.

Pasado el tiempo, cada uno de sus miembros emprendería otra propia y distintiva senda individual o institucional. La de Federico Gómez quedaría bien reflejada en las páginas de la obra «Historia de la Pediatría en México», que en el año 1997 publicara el Fondo de Cultura Económica.

Para aún mejor ilustrar la solidaridad social de Don Federico, transcribo aquí algo que hace decenios dije para un distinto fin «No eran concebibles para el Maes-

tro Gómez las visitas médicas estrictamente técnicas o académicas. Su hondo sentido de respeto humano le llevó a implantar la alimentación a voluntad durante la propia visita, en la que se hacía acompañar, además del cortejo habitual, de una auxiliar de enfermería, catalogada por él como «cantinera», quien en el carro de instrumentos llevaba una charola con frutas, galletas, tortillas y salsa, que el Maestro proporcionaba de propia mano, en una lección inolvidable de espíritu humanístico. Nunca se nos olvidará la imagen del maestro severísimo, del jefe temido cuando para ello había razón, sentado a la vera de una cuna, y alimentando dulcemente con pan, rebanada tras rebanada, a una pequeña niña ávida de consuelo».

«Felizmente, su talento de escritor le permitió verter al lenguaje escrito sentimientos y experiencias, y grabarlos para siempre en las páginas, a la vez luminosas, conmovedoras y profundamente instructivas de sus *Escenas de Hospital* o de *Noma, la Tragedia de un Médico* y tantas otras obras. Sólo una sensibilidad refinada, y una empatía ilimitada con el sufrimiento humano pudieron generar páginas como aquéllas, testimonio de la visión de un médico, a la vez que enseñanza imperecedera, dignas de una pronta reedición».

«Mensajero de vida para sus enfermos, fue Federico Gómez, también creador de nueva existencia espiritual para los profesionales a quienes la buena Providencia permitió trabajar a su lado. Solamente un pensamiento empaña la dicha de haber disfrutado de tal privilegio: el muy angustiante de que cuando la voz de sus discípulos calle, no quede nadie para transmitir tales vivencias y para perpetuar la memoria viva de este gigante de la medicina mexicana. Porque la existencia del pasado depende de la cantidad del presente que le otorguemos y al decir de Onetti, podemos darle poca, darle ninguna».

Alguna vez, así lo dije; así hoy lo reitero aquí.

Dr. Silvestre Frenk
Unidad de Genética de la Nutrición
Av. del Imán Núm. 1-4to piso
Col. Cuicuilco, 04530
México, D.F.
Tel. 5606 3489

www.medigraphic.com